

La idea más extendida, hoy, es que la crítica literaria en la prensa escrita en España sirve de poco, está como en fuera de juego, valga la expresión balompédica tan en auge en el mundo. Esto no quiere decir que no encontremos artículos, reseñas que cumplan con lo esencial de la crítica; pero, a reglón seguido, mantengo que esta no puede sobrevivir si no es también literatura, es decir, **creativa**. Pero la pregunta, cómo alejar a los segmentos publicitarios que desvirtúan a lo que llamamos calidad literaria sigue en pie ahora más que nunca. Nos guste o no, el lector literario amengua cada vez más; es sustituido por el comercial. ¿Podemos, entonces, llegar a la conclusión de que la reflexión y el placer de leer han sucumbido **ante una desmesurada información**?

La crítica como opinión, juicio, análisis se nos muestra esquiva; el trabajo intelectual es sustituido por las prisas, o, en otras palabras, por la superficialidad que es lo que prima y lo que vende. Nos podemos preguntar si el juicio crítico es posible, si la interpretación de una obra no deja de ser subjetivismo del crítico o simplemente la venta sin más del libro. Esto, entonces, nos llevaría a una impresión sin más, no solo del crítico sino también del lector. Estamos, por tanto, ante una crítica esencialmente **informativa o inmediata**, que versa sobre obras recién publicadas. ¿Esta inmediatez es algo impuesto por el medio en que se publica, bien sea revista o periódico? En principio no tenía por qué si hablamos de los suplementos literarios-culturales de los grandes periódicos. Evidentemente un libro publicado hace años, si no se trata de una nueva edición, no constituye lo periodístico que tiene una premisa, como es la actualidad.

Nos hallamos, de igual manera, entre la **difícil frontera de crítica y opinión**. Y es aquí donde los furibundos se explayan para que sus ideas sean divinas, más allá del bien o del mal, sea cual sea el género literario, y, sin embargo, es saludable, en tanto en cuanto nos permiten pensar las diversas formas con que se puede llegar a opinar o hacer una crítica salvífica. No podemos permanecer inermes ante una crítica inane; esta no puede desaparecer a pesar de la presión que ejercen los medios audiovisuales; sería el fin de la razón, del pensamiento. Las modas de la literatura de consumo arruinan el espíritu del crítico.

Mientras no se admita que hay críticos de “tres al cuarto”, que hacen un mal al medio en el que escriben, no superaremos la idea pertinaz de la mala imagen de los críticos de la prensa; y, sin embargo, el medio no debería ser un obstáculo aunque se exija un número determinado de líneas, y, sobre todo, que el lenguaje sea nítido, comprensible, pero no chabacano como creen algunos. Recordemos a Clarín, Azorín, Díez Canedo, García Posada o Rafael Conte, que **nos legaron páginas brillantes**; es decir, la crítica debe poseer la impronta literaria, si no se desvanece, no solo pierde fragancia sino también consistencia. Los dicterios en contra de los críticos son tantos..., los más insultantes serían el de “agente publicitario” o “solapistas”, que ya han quedado denostados para siempre, salvo raras excepciones.

Competencia e imparcialidad serían el marco de los críticos, harto difícil si leemos la crítica en la prensa. Si se poseen esas dos premisas y lo literario yergue, estaríamos ante la “creatividad literaria”, que sería la casa bien construida de los críticos; la integridad intelectual de estos estaría a salvo. Pero sigue en pie la idea de que crítica periodística es sinónimo de superficialidad; ese “sambenito” es difícil de erradicar.

Tampoco podemos aposentarnos solo en la lectura de la crítica; esto de por sí sería negativo; nuestro Miguel de Unamuno ya lo previó en el artículo “Literatura al día” en 1905, “ en su empeño por vivir literariamente al día dejó de leer libros revistas de ellos (...) y se ha curado de ello volviendo a los libros”[\[1\]](#).

El problema del crítico es, aparte de su capacidad, si tiene personalidad suficiente para huir de la publicidad con que se ha envuelto la obra; es más, si está dispuesto a señalar los excesos de la misma. He ahí el problema. Desde luego algunos periódicos contribuyen a la mercantilización cuando semana tras semana publican en los suplementos culturales-literarios, la lista en orden de los libros más vendidos, sin que el lector/a perciba un juicio crítico que le lleve a seleccionar, más allá de que la crítica esté bien o mal.

Tampoco podemos perder de vista que la repercusión de la crítica en una obra primeriza es capital para la difusión de su obra posterior; en este sentido, el crítico debe estar avizor; esta crítica puede determinar el futuro del escritor. Los docentes siempre nos acordamos del *Diario de los literatos de España*, de *Los lunes de El Imparcial*. En el primero, las reseñas eran extensas y han servido para apuntalar la literatura del año 1837. **Los resultados de la crítica coadyuvan a desbrozar la obra.** La disidencia a la hora de enjuiciar es algo positivo; la no coincidencia contribuye a la grandeza. La obra de muchas lecturas en sí no tiene por qué reportar negatividad, a no ser que la disparidad sea mayúscula, pero no olvidemos que, en realidad, el crítico nos debe proporcionar qué quiso decir el autor y, a lo sumo, los recursos utilizados.

El panegírico no cabe en un buen crítico; la formación del posible lector sería alicorta; no olvidemos que la literatura va muy lejos como instrumento de comunicación, nos permite oír voces, experiencias, inquietudes de seres humanos que necesitan ese diálogo, capital como nos ha enseñado el crítico Steiner a la hora de la lectura como orientadora por parte del crítico, por lo que la frivolidad, la superficialidad no caben.

Hay que deslindar el grano de la paja en un mundo en el que los entretenimientos son tantos y variados. La fuerza de la crítica no solo debe estar en lo estético sino en una lectura minuciosa, detallada, de la obra que se quiere enjuiciar más allá del género literario. ¿Es atrevimiento escribir que la crítica consiste, como apunta Samuel Johnson, en transformar la opinión en conocimiento? En esta misma línea está Harold Bloom cuando dice que la crítica consiste en reflexionar poéticamente acerca del pensamiento poético.

Otro de los problemas es cuando el autor discrepa y no se queda ahí. En algunos casos se arremete sin piedad. Así por ejemplo en el coloquio sobre Octavio Paz: “su obra surge de una obsesión crítica. La creación debe ser siempre crítica y ambos deben fundirse en un mismo empeño, lo que pasa es que a nuestros literatos les falta rigor y a nuestros críticos, imaginación (*El País*, 1 de octubre de 2000). Javier Marías al enjuiciarla no se queda corto: “Nadie espera nada de ella, hasta el punto de que, por desgracia, ya no importa” (*El País*, 3 de octubre de 2008, pág. 46). Su obsesión es tal que llega a escribir: “A un crítico se le solía exigir que no se quedara en el gusto y que desarrollara el juicio”[\[2\]](#). El problema de algunos autores es que cuando la crítica es adversa creen que es un ataque “ad personam”. El también novelista García Sánchez no cree en demasía en la crítica periodística: “ con el tiempo he aprendido que la crítica en esta sociedad de los medios de comunicación, tiene solo una relativa importancia”[\[3\]](#).

Tampoco Eduardo Mendoza se muestra a favor: “es muy deficiente y está completamente devaluada”[\[4\]](#).

El crítico percibe un bajón en las obras literarias si las comparamos con autores que nos precedieron; la responsabilidad es grande, no exenta de calidad; he ahí el dilema. ¿Qué hacer ante unos hechos marcados, sobremanera, por la publicidad y por las prisas? ¿Se puede luchar contra la mercadotecnia? ¿Dónde radica el compromiso de la crítica, el común denominador de su hacedor? Y una pregunta que casi nadie se hace, ¿tiene realmente alcance la crítica, salvo cuando se otorga un premio al género narrativo?

Harold Bloom en su legado como crítico literario manifiesta que “la gente tiene valor intelectual. Quiere saber qué es lo bueno. Y yo he encontrado ese público en todos los países”[\[5\]](#). Pero, para saberlo, los lectores, y más el crítico, deben acercarse al entorno, al proceso creador del escritor. Es la clave. La dificultad estriba en que hacemos todo sin pensar, corriendo, sin acordarnos de esa literatura canónica que nos sirva para pensar, escuchar, sentir, para pulsar el latido de obras que nos han precedido. ¿De qué otra forma se puede conseguir lo sublime si no bebemos en lo que nos da vida, pensamiento? La lectura sosegada, como descubridora, como testimonial, como creadora; la labor del crítico tiene que estar en ese campo. La crítica sublime engrandece a los lectores, pero ¿podemos aplicar este adjetivo a la literatura que se publica hoy? Si realizáramos una encuesta la gran mayoría dirá que no.

No nos extraña, por tanto, que Marcel Reich-Ranicki observe la crítica “con escepticismo”, que “el resultado de la crítica literaria actual es decepcionante”. José María Guelbenzu no es tan escéptico en cuanto a la crítica en general, pero sí en la de los medios de comunicación que al aumentar la competencia “ha disminuido la exigencia”. En sí es contradictorio porque debería ser lo contrario, pero por lo que vemos y leemos la calidad en los medios de comunicación raya la superficialidad.

Es lo que podemos denominar como la cultura del espectáculo; la expresión de Vargas Llosa “hoy no se escribe para la eternidad cobra todo su valor” (*ABC Cultural*, 31 de marzo de 2012, p. 4. *El País*, 15 de abril de 2012, p. 34). Es la falta, entre otras cosas, de la estética y la ética. Es ausencia de ese espejo en el que podamos mirarnos sin temor a confundirnos. El esfuerzo intelectual de la crítica está como adormecido, cariacontecido, sin clave en la que apoyarnos, sin que sea elemento catalizador. La crítica debería nadar contracorriente para bosquejar los intentos reales de los creadores.

Es ya un dicho que corre de boca en boca que los dos suplementos más importantes de España *Babelia* del diario *El País* y *ABC Cultural* del periódico *ABC* no son lo que eran; primero, en la parte formal de las críticas, y después, en la selección de las obras. No puedo entrar en decir si uno es más que otro; o es mejor este que aquel. Los lectores son los únicos depositarios y son los que deben juzgarlo. Pero en la dicotomía sí se está de acuerdo. El problema radica cuando los críticos coinciden en conferencias, presentaciones de libros y entablan amistad con los autores y con los representantes de las editoriales, ¿merma su independencia?; en principio pensamos que sí porque todo está muy relacionado, y no digamos si quien presenta el libro es amigo; esto no debería ocurrir. El crítico, entonces, pierde esa fragancia que se le supone.

Como ejemplo, he elegido, al azar, por otra parte, son los días en que estoy elaborando estas páginas, el suplemento *Babelia* de 31 de marzo de 2012. En la portada podemos

ver una fotografía de Juan Villorio con la expresión: “La vida mexicana transita del apocalipsis al carnaval y a veces mezcla ambas categorías”. Todo un pensamiento revelador que bien pudiera extenderse a otras situaciones. En este caso, con motivo de la publicación de su novela Arrecife, “un complejo relato sobre la amistad en la tercera juventud, con el narco de por medio”, en la pluma de Amalia Castilla.

Lo que llama la atención de esta crítica es el diálogo con el autor, y la periodista en un subido tono lingüístico bien pertrechado que te invita a una lectura profunda, ya que se van hilvanando los ejes primordiales de la novela; quizá se vaya demasiado lejos en este desgranar, porque ¿qué queda entonces de intriga para los lectores? Pero, inmediatamente, la periodista indaga sobre su obra anterior, su vida y esto es lo que, a mi parecer, desdice de la obra publicada al no aportar nada sobre la novela. En realidad, la relación padre-hijo estaría bien para una entrevista solo; o a qué viene “y en una Barcelona cercada por los recortes y las manifestaciones, pero se muestra feliz de poder disfrutar de la libertad de pasear tranquilamente por la calle...” (p.6).

He ahí la confusión, la mezcla de crítica de una novela y la entrevista, sobre todo cuando se desvía por vericuetos lejanos de la obra literaria. Sin embargo, en la misma página se realiza otra crítica de J. Ernesto Ayala Dip de Arrecife. Bien distinta, pero sobra que nos cuente la historia; el resto de la crítica es asumible y forma parte de la misma, y quizá las frases “en Arrecife prima la intimidad confesional de un narrador a la búsqueda de un lugar en el mundo”, y “es una novela perfecta a la hora de sincronizar el desdén por la vida que se inflige el narrador” sean lo más certero para que los lectores se acerquen a esos hechos narrados.

Por el contrario, inmensa es la crítica de Juan Goytisolo, en este mismo número; primero, porque el castellano se viste de hermosura, y después por los razonamientos que esgrime en las tres vertientes con que apoya sus ideas (“No hay redes para el flujo de la literatura”, “Los novelistas deberían leer poesía”, “¿Muerte de la novela?). Es notorio que cuando, de vez en vez, aparecen ciertos críticos en los suplementos culturales-literarios, los lectores lo perciben y recuerdan otras épocas en que la palabra era el foco irradiador. La brillantez, lo formal, hoy es más endeble. El título que acoge a esos tres apartados nombrados es “Belleza sin ley” (pp. 12 y 13).

En realidad, lo que apunta Juan Goytisolo no nos extraña. Es recordarnos aspectos olvidados como la expresión “Una lectura asidua de la mejor poesía contribuiría a afinar el oído de escritores y lectores”. Es parte del cimiento con que adoba su artículo. En la tercera parte con el título de ¿Muerte de la novela? Es categórico para advertir a los agoreros en el arte de narrar: “Y, como sucedió a lo largo de la pasada centuria, la novela podrá metamorfosearse de mil maneras distintas, pero subsistirá y quizá rebrotará con mayor fuerza.”

Recurre a ejemplos de la novela universal para engrandecer este género bien sustentado, y termina con una idea esclarecedora: “Mas para eso habrá que resistir a la ubicua cultura del entretenimiento, al zapeo mental y a la creciente insatisfacción de la sociedad con la conciencia de navegar a contracorriente, como fue ayer, es hoy y lo será mañana”.

Con motivo de la publicación de “Clásicos del siglo XX” por el diario *El País* sorprendieron algunas críticas por su buen hacer e independencia; así, por ejemplo,

Manuel Rivas hizo la crítica de la novela *Gran Sol* de Ignacio Aldecoa, que definió como “una de las más brillantes crónicas sociales literarias” en un brillante artículo titulado “Las altas proas valientes”^[6], en el que ya desde el inicio denominaba a la novela “barco”, e incluso la expresión “podía fundar una literatura”.

El estilo con que el periodista enhebra las frases nos inunda de belleza, más allá del entusiasmo con que se acerca a esta novela-reportaje, a este documento excepcional sobre la dura faena de los pescadores. Desgraciadamente, no siempre encontramos en los suplementos ese saber hacer, esa reseña que desprenda una forma de vida enhebrada con las expresiones más justas, más estéticas para llegar a la esencia del libro reseñado, para crecer como personas.

Por otra parte, nos podemos preguntar si es insustituible con todo lo que significa. El crítico Jordi Gracia se decanta por el adjetivo, se basa en esa capacidad de “desmenuzar, impugnar, rebatir o elogiar los libros que se publican” (en *Babelia*, 26 de noviembre, 2011, p.6). Pero el problema estriba en si se dan esas coordenadas cuando los críticos intentan desmenuzar la obra; los lectores, probablemente, no pensarían igual. Por el contrario el crítico, José María Pozuelo asegura que “la crítica literaria ha mejorado mucho en España, porque se ha aumentado el número de voces, pero también porque hay una mayor involucración de gentes muy prestigiosas en su ámbito” (en *Babelia*, 26 de noviembre, 2011, p.7). Este aserto es difícil mantenerlo, al menos para los que llevamos ya muchos años en el ejercicio de críticas, y menos en la prensa escrita que es de lo que versan estas páginas.

En el suplemento *Babelia* del día 22 de octubre de 2011 una de las críticas en las que podemos leer el poder evocador de la palabra es la que realiza Lourdes Morgadas con motivo de la representación de la obra calderoniana *El gran teatro del mundo* de Calderón de la Barca en el Theater Freiburrg, con el título “El Gran Hermano de Calderón”, aunque el título de la crónica no sea el más acertado, al menos por lo que cuenta; es el problema eterno del periodismo; se quiere siempre llamar la atención. La frase manida del periodismo: “quiero un título”.

Pero el suplemento *Babelia*, en esta ocasión, está dedicado, la gran mayoría, al siglo de oro; ya la portada llama la atención con el título “Al rescate del siglo de oro”; como ejemplo se vale del personaje “Alatriste” con motivo de otra nueva novela de Pérez Reverte: *El puente de los asesinos* (2011). En las páginas centrales hallamos una extensa crítica de Guillermo Altares con el referente del personaje central quince años después del inicio de la serie literaria. Tal vez lo más importante del crítico estribe en que ha sabido recoger las opiniones de otros para ensalzar de nuevo a esta novela en la que la ficción revestida de realidad tanto ha gustado a un público determinado porque “late una voluntad didáctica, desde la recreación del castellano de la época hasta la elección de los temas” (p. 6). Tiene su público.

Con estas apretadas páginas he querido traer, a colación, un hecho que reverdece, de vez en vez, en conferencias, en la docencia y en la calle.

[1] Unamuno, M. de, Literatura al día” en *Nuevo Mundo*, 7 de setiembre de 1905, p. 5

[2] Marías, J., “La crítica de mi tiempo”, en *El País Semanal*, 25 de abril de 2010, p. 98. En una entrevista en el diario *El País* se quejó: “creo que la crítica en su conjunto, y hay excepciones como siempre, está en estado crítico” (*El País*, 8 de noviembre de 1998, p. 18)

[3] En *ABC Literario*. Madrid, 14 de julio de 1990, p.XII

[4] En *ABC Cultural*. Madrid, 14 de mayo de 1999, p.18

[5] .Entrevista de Winston Manrique a Harold Bloom con ocasión de la publicación del libro *Anatomía de la diferencia. La literatura como modo de vida* en el suplemento *Babelia* del diario *El País*, Madrid 26 de noviembre, 2011, p. 6

[6] Rivas, M., “Las altas proas valientes”, en *El País*, Madrid, 20 de diciembre de 2003, p. 36



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/).